

El corazón mágico del Subte

Sara Patricia Sánchez



Emova 

El corazón mágico del Subte

Autora: Sara Patricia Sánchez



A Martu le encantaba viajar en Subte. Tenía ocho años y decía que el Subte era como una ciudad debajo de la ciudad.

Mientras los adultos miraban sus celus o pensaban en el trabajo, ella observaba todo: los carteles, las escaleras, las luces, los sonidos y, sobre todo, las personas.

—¿Te imaginás todo lo que debe haber debajo de nuestros pies? —le preguntó una tarde a su papá.

—Túneles, cables, estaciones... —respondió él.

—¡No! Yo creo que hay más cosas.

Su papá se rió.

—¿Dragones?

—¡Quién sabe!

Ese día, mientras esperaban el Subte, Martina escuchó un sonido extraño:

¡Clin, clin, clin!

Miró hacia las vías. Nada...

Volvió a escuchar:

¡Clin, clin, clin!

Entonces vio un pequeño boleto dorado debajo de un asiento. Lo levantó.

No tenía destino, número ni fecha.

Solo decía:

COCHE "7" MÁGICO — SOLO PARA NIÑOS CURIOSOS.

Martu miró a su papá.

—¿Papá?

Pero él estaba mirando el celular y no había visto el boleto.

Cuando llegó el tren, Martu contó los vagones:

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Seis.

Y entonces...

—¿Siete?!

Al final del tren había una puerta que nunca había visto.

Era azul, tenía una enorme estrella pintada y un pequeño cartel:

"Si abrís esta puerta, prometé cuidar a quienes viajan con vos."

Martu tragó saliva, ansiosa. Le mostró a su papá el cartel y lo tironeó del brazo para que subieran, prometiendo que cumplirían.

Su papá introdujo el boleto dorado en una ranura.

¡CLAC!

La puerta se abrió.

Del otro lado había un vagón completamente diferente.

Los asientos eran de colores, las lámparas parecían luciérnagas y por las ventanas se veían paisajes imposibles: un bosque, un río, una montaña y hasta un cielo lleno de estrellas.

En el medio del coche había un pequeño ratón con gorra de conductor.

—¡Por fin! —exclamó—. ¡Pensé que ningún niño curioso iba a encontrarme!

¡Imaginen!

La sorpresa fue enorme, tan grande que el papá de Martu solo se sentó a observar.

—¿Vos hablás? —dijo Martu.

—¡Claro! Soy Rulo, el ratón conductor.

Martu se sentó frente a él.

—¿Dónde estamos?

Rulo señaló un cartel luminoso.

VIAJE ESPECIAL: MISIÓN BUEN VIAJE.

—Este vagón aparece cuando el Subte necesita ayuda.

—¿Ayuda para qué?

Rulo se puso serio.

—La Estrella del Subte está perdiendo su brillo.

—¿Y qué podemos hacer?

—Encontrar tres cosas que se están perdiendo en la ciudad: el respeto, la solidaridad y el compromiso.

En ese instante, el tren arrancó.

¡Chuuuu, chuuuu!

La primera estación se llamaba **Estación Respeto**.

Al detenerse y abrirse las puertas, Martu vio que todos querían subir al tren al mismo tiempo.

—¡Yo primero!

—¡No, yo!

—¡Permiso!

—¡Apurate!

Rulo se tapó las orejas.

—¡Qué lío!

Martu pensó un momento.

Entonces se paró frente a las puertas.

—¿Y si primero dejamos bajar a los que están adentro?

Todos se quedaron quietos.

Una señora salió.

Después un abuelo.

Después una mamá con un bebé.

Cuando ya no quedaba nadie para bajar, los pasajeros subieron tranquilamente. Las puertas se cerraron.

¡Tin!

Una pequeña estrella apareció en el techo.

—¡Encontramos el respeto! —gritó Rulo.

Martu sonrió.

La segunda estación se llamaba **Solidaridad**.

Allí encontraron a un niño que estaba llorando.

Había perdido su mochila.

Martu se acercó.

—¿Cómo es tu mochila?

—Azul... con un dinosaurio verde.
Todos comenzaron a buscar.
Un señor revisó debajo de los asientos.
Dos chicos preguntaron a otros pasajeros.
Finalmente, Martina encontró la mochila detrás de un asiento.
—¡Acá está!
El niño la abrazó.
—¡Gracias!

¡Tin!

Otra estrella apareció.
—¡Encontramos la solidaridad! —dijo Rulo.
Pero todavía faltaba una.
La tercera estación se llamaba **Compromiso**.
Al llegar, Martu se sorprendió. Había papeles en el piso, una botella vacía y un envoltorio cerca de las vías.
—Esto no puede quedar así —dijo.
Martu tomó el papel y lo puso en el cesto.
Rulo recogió la botella.
Los pasajeros comenzaron a ayudar.
En pocos minutos, la estación estaba limpia. Todos sonreían.
Entonces sucedió algo maravilloso.
Las luces se encendieron.
Los carteles brillaron.
Los murales parecieron cobrar vida.
Y la enorme Estrella del Subte apareció sobre el techo.
Pero...
Solo tenía tres puntas iluminadas.
—¡Falta una! —dijo Martu.
Rulo miró preocupado.
—Sí. Encontramos respeto, solidaridad y compromiso... pero la estrella necesita una cosa más.
—¿Qué?
Rulo señaló a Martu.
—Necesita que alguien crea que todos podemos hacer la diferencia.

Martu pensó en su papá. Pensó en todas las personas que viajaban todos los días. Pensó en los pequeños gestos que parecían insignificantes.

Un "gracias".

Un "permiso".

Levantar un papel.

Ayudar a alguien.

Esperar.

Compartir.

Sonreír.

Entonces entendió.

—¡La última punta de la estrella no la hace una persona!

—¿Entonces quién?

Martu miró a todos.

—¡Todos nosotros!

Los pasajeros comenzaron a mirarse.

Una mujer ayudó a un abuelo.

Un niño cedió su asiento.

Una chica juntó un papel.

Un hombre dejó salir primero a los pasajeros.

Una señora sonrió y dijo:

—Gracias.

Y otra persona respondió:

—De nada.

¡TIN!

La cuarta punta de la estrella se encendió.

Pero no terminó ahí...

La estrella empezó a crecer.

Primero iluminó el coche, después la estación, después los túneles y, finalmente, todo el Subte.

Rulo saltaba de alegría.

—¡Lo logramos!

Martu se rió.

—¿Viste? No hacía falta magia.

Rulo levantó una ceja.

—¿Quién dijo que no?

De pronto, una lluvia de pequeñas estrellas doradas llenó el coche.

Cada estrella llevaba una palabra:

RESPETO.

SOLIDARIDAD.

COMPROMISO.

AMISTAD.

ALEGRÍA.

Y una última, mucho más grande:

JUNTOS.

Cuando el tren regresó a la estación donde Martu y su papá habían subido, la puerta del coche 7 volvió a cerrarse.

—¿Vamos a poder volver? —preguntó Martu.

Rulo sonrió.

—Cuando seas curiosa, cuando ayudes a alguien y cuando cuides el lugar que compartís con los demás, el coche 7 estará cerca.

—¿Aunque no lo vea?

—Especialmente cuando no lo veas.

Martu y su papá bajaron del tren y comprendieron que de eso se trataba: de hacer pequeñas cosas para disfrutar de un mundo más lindo.

Martu miró hacia atrás. El coche 7 había desaparecido.

Solo encontró un pequeño boleto dorado en su bolsillo. Lo guardó cuidadosamente.

Desde aquel día, Martu comenzó a hacer algo diferente cada vez que viajaba en Subte.

Si alguien necesitaba ayuda, ayudaba.

Si alguien quería subir antes de que los pasajeros bajaran, decía:

—Primero dejamos salir.

Si veía basura, la levantaba.

Si alguien le daba las gracias, respondía con una sonrisa.

Y, poco a poco, otras personas comenzaron a hacer lo mismo. Porque una buena acción puede ser pequeña, pero cuando una persona la hace, otra la ve y, cuando otra la repite, alguien más aprende.

Así, una pequeña acción puede convertirse en cientos. Y cientos pueden

convertirse en miles. Y miles pueden cambiar una ciudad.
Desde entonces, algunos pasajeros cuentan que, muy de vez en cuando, cuando el Subte está casi vacío, escuchan un ruido extraño al final del coche.

¡Clin, clin, clin!

Y si miran con mucha atención, pueden ver durante apenas un segundo una pequeña puerta azul con una estrella.

Pero nadie sabe exactamente quién puede abrirla.

Aunque existe un secreto.

Dicen que el coche número 7 no busca a los niños que saben más. Ni a los más rápidos.

Ni a los más fuertes.

Busca a los que todavía saben hacerse preguntas. A los que imaginan.

A los que ayudan.

A los que cuidan.

A los que entienden que compartir un viaje también significa compartir el mundo.

Y, sobre todo...

A los que todavía creen que una pequeña acción puede encender una gran estrella.

Porque el verdadero corazón mágico del Subte no está en un coche, sino en las personas que lo hacen brillar con sus pequeños gestos.

Así que, la próxima vez que viajes en Subte, prestá mucha atención.

Quizás escuches:

¡Clin, clin, clin!

Quizás encuentres un boleto dorado.

¡Feliz viaje para todos!